



PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

AÑO XLI.

MADRID, 30 DE JULIO DE 1882.

NÚM. 28.

SUMARIO.

1. Sombrero Rembrandt y chal de encaje y seda.—2 á 6. Corsés para niñas y niños.—7. Cinturon.—8. Hebilla.—9 á 13. Tournures y enaguas.—14 y 15. Bata elegante.—16. Traje de moaré.—17 y 18. Traje para señoritas.—19 á 28. Sombreros de verano.—29. Tocado marquesa.—30 y 31. Traje de seda.—32 y 33. Traje negro.—34 y 35. Vestido de viaje.
 Explicacion de los grabados.—La Diferencial de lo bello, por D. Emilio de Atjona.—La Torrecilla del Leal, por D. E. de Lustonó.—Dos Angeles (continuacion), historia vulgar, por D. Eusebio A. Escobar.—Revista de Modas, por V. de Castelfido.—Explicacion del figurin iluminado.—Advertencia.—Sueltos.—Salto de Caballo.

Sombrero Rembrandt y chal de encaje y seda. Núm. 1.

Chal de encaje blanco, puesto sobre seda color de rosa y sujeto por delante con una hebilla de imitacion de brillantes. Uno de los picos, el más corto, cae por delante, y el otro, largo, se fija por detras un poco más abajo de la cintura.

Sombrero Rembrandt, de paja de Italia blanca cosida. Este sombrero va adornado de faya color de maíz y de una pluma grande que rodea todo el sombrero. Forro de terciopelo granate. En nuestro número anterior hemos dado un dibujo de este mismo sombrero (véase el dibujo 29 del núm. 27 de LA MODA), visto de costado y por detras.

Corsés para niñas y niños. Núms. 2 á 6.

Núm. 2. *Corselito para niños pequeños.* Este corselito es de dril. Se le hace para niños de diferentes edades: de uno á dos años, de dos á tres años y de tres á cuatro años. No lleva ballenas ni cordones.

Núm. 3. *Corsé guarnecido de cordones, para niños.* Este corsé es de dril, como el anterior, y va armado de unos cordones gruesos pespunteados entre las dos telas y que hacen las veces de las ballenas.

Núm. 4. *Corsé para niñas y niños.* Va hecho como el anterior, con la diferencia que el delantero es de un tejido elástico. Sirve para niños y niñas de dos edades: de 4 á 5 y de 5 á 6 años.

Núms. 5 y 6. *Corsé sosten.* Este corsé, que es de dril y va armado de ballenas muy finas, sirve para niñas de 10 á 12 y de 13 á 14 años.

Cinturon.—Núm. 7.

Este cinturon es de piel de varios colores, negro, encarnado, amarillo y azul. Se le abrocha con una hebilla de talabartero.

Hebilla.—Núm. 8.

La forma de esta hebilla es la de una herradura, y se la hace de nácar, níquel y ébano.

Tournures y enaguas.—Núms. 9 á 13.

Núm. 9. *Tournure céfiro.* Es de tul blanco, y va guarnecida de encaje. Su altura es de 60 á 65 centímetros.

Núm. 10. *Enagua Silvia.* Es de nansuk, y va guarnecida de un tableado ancho, realzado de encaje punto de Paris.

Núm. 11. *Tournure Lili.* de raso de seda, guarnecido de encaje. Altura, 75 á 80 centímetros.

Núm. 12. *Enagua Jersey.* Esta enagua es de nansuk, y va guarnecida de un magnífico bordado.

Núm. 13. *Tournure Julietta.* Es de crin. Su altura es de 45 centímetros.

Bata elegante.—Núms. 14 y 15.

Esta elegante bata es de *surah* ó raso de verano, de color de caoba encarnada, y va guarnecida de encaje blanco. Delantero: todo el delantero de la bata va fruncido, plegado y rodeado de una guarnicion estrecha. En medio, guarnicion ancha de encaje formando conchas. Los lados son lisos; las mangas casi largas, con tres encajes plegados.

Espalda: La espalda va plegada por la parte superior y fruncida en medio.

Traje de moaré.—Núm. 16.

Vestido de moaré y lanilla marron. Falda redonda, con tablas anchas dobles, que caen sobre un bajo de falda, que forma un tableado fino. *Paniers* de moaré. Corpiño y paño plegado de detras, de lanilla. El corpiño en punta y alto, todo liso, con cuellecito y carteras de moaré.

Traje para señoritas. Núms. 17 y 18.

Vestido de fular liso y fular Pompadour fondo color de rosa. Falda plegada de fular liso. Paño plegado de detras, del mismo fular. *Paniers* y lazo grande de fular Pompadour. Corpiño en punta del mismo fular. Mangas hasta el codo.

Sombreros de verano. Núms. 19 á 28.

Núm. 19. *Sombrero de paja Murillo.* Va guarnecido de encaje del mismo color de la paja y cintas color de algarroba, con alfileres de acero.

Núm. 20. *Sombrero de paja de arroz blanca,* muy ligera, guarnecido de muselina de la India y encaje color crema. La parte de debajo es de batista color de rosa.



1.— Sombrero Rembrandt y chal de encaje y seda.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Núm. 21. Sombrero de paja y lienzo. Este sombrero es de paja cruda, y va guarnecido de una tela de hilo encarnada y encaje *ficelle*.

Núm. 22. Sombrero de mimbre, guarnecido de batista y encaje gris. Un ramo grande de amapolas va puesto en el borde del ala. Bidas de terciopelo negro.

Núm. 23. Sombrero-capelina, de paja de Italia blanca. Guirnalda de musgo y hojas. Plumas color crema. Cinta de terciopelo estrecho color de mirto.

Núm. 24. Sombrero redondo, de paja de arroz blanca. Hojas y capullos en el costado. Lazo de terciopelo negro por detras. La parte interior va guarnecida de terciopelo negro bullonado.

Núm. 25. Sombrero Directorio. Es de paja belga, con *pouf* María Antonieta, de plumas color de coral. Torzal de terciopelo del color de la paja.

Núms. 26 y 27. Sombrero vandeano, de paja inglesa negra, con forro de terciopelo negro y lazo de terciopelo negro muy estrecho. Por delante, plumas de color de ladrillo, sombreadas de bronce.

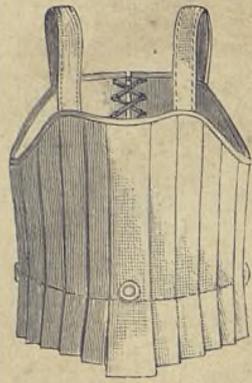
Núm. 28. Sombrero-capelina, de paja Manila. Fondo de tul fruncido color de rosa. El interior va guarnecido de tul del mismo color. Lacitos de terciopelo color de nútria. Hebilla de imitacion de diamantes. Plumas color de rosa. Lazo de terciopelo nútria por detras.

Tocado marquesa.—Núm. 29.

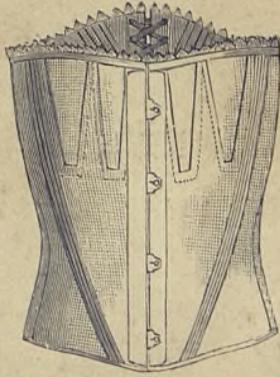
El fondo es de tul negro liso, y va guarnecido en el lado derecho de un encaje español negro formando conchas. En el lado izquierdo va un lazo grande de cinta de moaré negro, y por detras una barba que acompaña sobre los hombros, y es de un efecto muy elegante. Este tocado se lleva mucho para teatro y *soirées*. Se le puede añadir un ramito de flores.

Traje de seda.—Núms. 30 y 31.

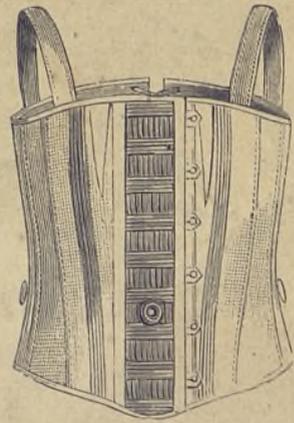
Vestido de seda floja de cuadritos. La falda es de color de rosa; el corpiño y la túnica, de color de bronce. Falda plegada con dos rizados gruesos, puestos al traves. La parte superior va bullonada. Túnica cruzada, guarnecida de seda color de rosa y lazos grandes de raso *beige*. Corpiño en punta por delante, con una aldetita hecha de bieses de raso bronce, ribeteados de un tableado color de rosa. Este corpiño va abierto en la parte superior y cerrado con un fichú grande de encaje *ficelle*. El mismo encaje en las mangas, que son semi-largas. La espalda forma fal-



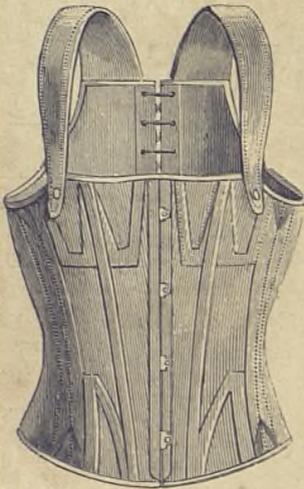
2.—Corsetito para niños pequeños.



3.—Corse guarnecido de cordones, para niños.



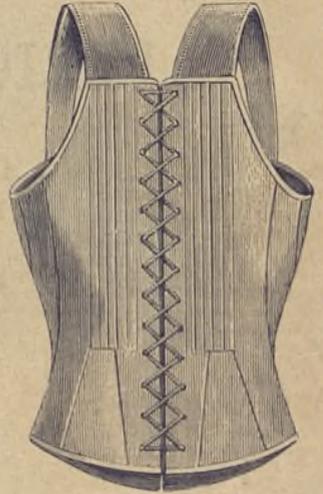
4.—Corse para niñas y niños.



5.—Corse sosten. Delantero.



11 y 15.—Bata elegante. Espalda y delantero.



6.—Corse sosten. Espalda.

sobre la falda corta. La aldetita del corpiño se abre en pliegues huecos pespunteados, sobre un plegado-abanico de tela escocesa. Cuello de terciopelo encarnado.

LA DIFERENCIAL DE LO BELLO.

(APUNTES DE UN LOCO.)

I.

La idea, el sentimiento de la belleza, es, al decir de algunos sabios, cosa innata en el hombre. ¿En qué consiste, pues, que la mujer hermosa para el europeo es la circasiana, y para el negro la etiope? ¿En qué consiste que la grandeza de alma, remontándose á otro órden más elevado, es el perdon en el cristiano, y arrancar entero, para el piel-roja, el cuero cabelludo del vencido?

Si el sentimiento moral, haciendo vibrar el alma al par que los sentidos, depende del molde



7.—Cinturon.



8.—Hebilla.



9.—Tournure céfiro.



10.—Enagua Silvia.



11.—Tournure Lili.



12.—Enagua Jersey.



13.—Tournure Julieta.

en que se ha vaciado la inteligencia de cera del niño, ¿pueden llamarse ideas madres las que sólo son ideas reflejas?

El Hijo de Dios, exhalando su último aliento de hombre, cárdeno y yerto, enclavado vivo en maderos en cruz, entre dos criminales, en la cúspide del Gólgota; la

trar en Lóndres, es apartar los ojos de una mujer esbelta, bella, sonriente, y fijarlos en la magnitud desproporcionada de una gigante de feria.

Lóndres es un pueblo magnífico, pero no es bello: ¿en qué consiste, cuando duerme, ó mejor dicho, vela á la orilla del



20.—Sombrero de paja de arroz. 21.—Sombrero de paja y lienzo.

Neron acariciando hermosas meretrices, mientras le servia de incienso el humo del incendio de Roma?

Cuantas veces he meditado sobre estas preguntas, otras tantas ha asaltado mi imaginacion la misma idea: reduciendo el sentimiento estético á su última expresion, diferenciándolo, como dicen los matemáticos, siempre resulta la unidad de la belleza; lo que varía, lo que está impregnado de color, de influencia local, de apreciacion relativa, son los detalles más pequeños, y éstos tienen casi desapercibidos á la percepcion la terrible influencia de los animalúnculos microscópicos en la materia. Voy á demostrarlo con algunos recuerdos muy tangibles de mi vida.

II.

Salir de Paris, la ciudad hermosa por excelencia, y en

Támesis; cuando su extension es inmensa; sus monumentos, colosales; amplios sus parques, é incesante el bullir de sus cuatro millones de mortales?

Pues consiste en los detalles.

El fondo del cuadro es por demas oscuro.

La atmósfera, pesada, carece de transparencia. Junto á un palacio de mármol se eleva una casa de dos pisos, en planos sin un relieve, interrumpidos por largas y estrechas aberturas, que cierran bastidores de corredera.

Hay largas calles con ricas tiendas: allí domina el negro y el dorado, para remedar costosos ataudes en correcta formacion.

¡El amor de la Reina viuda levantó suntuoso monumento á la memoria del difunto amado; el centro lo llena una magnífica estatua de mármol; la intuicion de lo feo la doró y bruñó el dorado!!!.....

En aquellos peñascos, que el mar combate y defiende, escasean los grandes capitanes: el patriotismo hizo de Wellington un héroe, y el arte le forjó casi perfecta estatua de bronce. Pues bien; la corona tan ridiculo sombrero de tres picos, que la impresion de disgusto tapa los ojos que debieran admirar los detalles del caballo, que está como queriendo saltar del pedestal que lo sostiene.

Los parques, en vez de jardines



16.—Traje de moaré.

17 y 18.—Traje para señoritas. Delantero y espalda.

Madre, retorciéndose de angustia á sus piés, rodeada de buenos que sufren la tortura de la pena callada; más allá el abigarrado grupo de toscos soldados, que, entre miedo y embriaguez, entonan con ronca voz cantares blasfemos, y el sol nublado, y cubierto el cielo de negros nubarrones, y rasgado el velo del templo, y la Naturaleza entera suspendida su labor de incesante movimiento, envuelta en silenciosa y triste quietud, cuadro es de magnífica armonía, que realiza el ideal de lo bello para el cristiano.

La ardiente hoguera donde crujen, asándose, trozos de cuerpos humanos; la danza vertiginosa de hombres y mujeres desnudos, girando al redor del fuego, entre aullidos inarmónicos, sacudiendo el uno la lanza, la flecha el otro, la suelta cabellera todos; no lejos, el festin de los jefes, que, sentados en el suelo, rojo de sangre, devoran los miembros del vencido, y en el fondo, el pobre ajuar que colora la pálida luz de la luna, es gráfica pintura que dilata la pupila y hace palpar el corazón del salvaje.

¿Podemos determinar cuál es lo más bello?

¿Podemos afirmar que hay más poesia en las huestes de Faraon hundiéndose entre las olas del mar Rojo, mientras el pueblo escogido elevaba, de hinojos, cánticos de alabanzas á Jehová, que en la torpe bacanal de

esmaltados ó misteriosos bosques, son grandes ampliaciones de los árboles y de los céspedes de verde y recortada viruta que en cajas de madera venden los alemanes á los niños; vegetación artificial, corregida por la tijera.

Los coches de alquiler son calesas jorobadas; hombres y mujeres viandantes, muñecos de máquina, sin curvas y sin dulzura de movimientos, y todo, en fin, frío é inarmónico.

Y hé aquí cómo la ciudad más suntuosa del mundo es, por los detalles, horriblemente fea.



23.—Sombrero-capelina.



22.—Sombrero redondeo.



25.—Sombrero Directorio.



29.—Tocado marquesa.



26.—Sombrero vandeano, visto por detras.



27.—Sombrero vandeano, visto de costado.



28.—Sombrero-capelina.

III.

Rodean el lago Lemán, en cambio, una serie de colinas por la izquierda, avanzando hácia el fondo, y altas montañas por la derecha; la vegetación es pobre de un lado y oscura del otro; las aguas del lago, pálidas y tranquilas, se agitan pocas veces; los buques que lo cruzan, ó lanchas sin tintas brillantes, ó vapores cómodos y feos, no dan viveza al conjunto; el sol, si no está cubierto, es pálido; el con-

junto, pues, no tiene condiciones de belleza; pero el cuadro es encantador. ¿Por qué? Siempre los detalles. Allí donde la tierra avanza un poco, hay un *châlet* de esbeltas formas y armoniosos colores. Luego, en un pedazo de costa cortada y recta, un *hotel* anchuroso, cuyo terrado, que resguardan barandillas de mármol, se adelanta como un vigia sobre el lago. En la altura más lejana, semejante á un nido de palomas, hay un blanco edificio, desde donde se contempla



30 y 31.—Traje de seda. Delantero y espalda.



34 y 35.—Vestido de viaje. Espalda y delantero.



32 y 33.—Traje negro. Espalda y delantero.

magnífico panorama. Entre los bosques de pinabetes se desarrollan, en suaves curvas, cien caminos misteriosos, que interrumpen cómodos cenadores, como nudos de una cinta de plata. Más allá, medio sumergido en las ondas, el oscuro castillo cuyo nombre eternizó la lira de Byron. Y ántes, y luego, y á uno y otro lado, la exuberancia de vida que revelan multitud de alegres pueblecillos. Estos ligeros y brillantes toques convierten en panorama bellissimo un conjunto monótono.

IV.

No quisiera equivocarme; pero, según estudié en la doctrina, cinco son los sentidos corporales: ver, oír, oler, gustar y palpar.

Lo bello, analizado con los sentidos, tiene siempre lunares; la síntesis de lo bello, la diferencial, subsiste siempre en el alma, mal que pese a esos aparatos de percepción.

He hablado de cuadros de la Naturaleza: vamos a circunscribirlos a un lienzo. Se entraba antes en el Museo de Madrid: la mirada se detenía en las composiciones grandes, y por lo tanto, quedaba clavada en el *Cuadro del Hambro*. Allí se ven, aparte de un letrero dorado, que acreditaria, si no al artista, al impresor, un dragón francés, modelo de bailarín redondeado; un padre melencólico, que incita a su prole a comer estopa, y unos esqueletos de niños, color de tierra cruda, robustos para esqueletos, y demasiado esqueletos para ser personas.

Y el conjunto, que debía hacer llorar, da ganas de reír. Pero se cierran los ojos: se concibe un pueblo hambriento, aunque altivo, que nada quiere, ni la vida, de mano de su opresor; que rechaza con salvaje energía moral lo que pide con ansia el demacrado cuerpo, y el cuadro resulta magnífico.

Hé aquí lo diferencial de lo bello: lo verdaderamente bello.

Después, para que lo mismo acontezca con los grandes maestros, se llegaba al fondo de la rotonda, donde tenía el mejor lugar, como un trono, *El Pasmio de Sicilia*.

Pase la rudeza de colores por lo correcto del dibujo; pero aquellos soldados, por demás membrudos, y sobre todo, aquella Madre angustiada, que, enfrente de su hijo, destrozado y en tierra, víctima de indescriptible sufrimiento, coloca los dedos de la mano extendida con trabajosos y enmarañados detalles de composición, en vez de alargarla con prosaica naturalidad, ¿no ponen sobre los ojos un velo que borra el sentimiento del cuadro?

Es preciso empaparse en aquella escena de agonía en la que sufre, y de amargura en la que ve sufrir al ser querido, sin poderle dar consuelo; en aquella magnífica cabeza de Cristo, que es un poema de víctima sublime, y borrar lo demás con el pensamiento, para comprender toda la belleza de la obra de Rafael.

Lo mismo pasa en la vida real: un *te quiero* es a veces un celaje de brocha gorda; un *te quiero* es, otras, un cielo azul sin nubes, de infinita transparencia.

Me dijo una mujer, cuando la pasión me arrastraba hasta el delirio: *¡Hombre, qué capricho!* y era un epigrama horrible; diez minutos después murmuraba: *¡Siempre ha de ser lo que tú quieras!*, y era un idilio de ternura.

Cuestión de tono, en que afinaba o desafinaba la música del corazón.

Juan, pobre amigo mío, está loco y contrahecho. Alma ardiente y apasionada, adoraba en Lola; y ella, fría y egoísta, le daba turno en su amor cuando se dirigía a él la velta del viento de sus caprichos.

Juan se quejó primero con amoroso acento, con amargura luego, con desesperación al fin, produciéndose escenas violentas.

Un día, que le ahogaba el furor de su desventura, *¡Tu amor ó la muerte!*, gritó a Lola. Ella, con embriagadora sonrisa, le dijo, colocándose delante: *¡Como quieras!* Juan se arrojó en los brazos de su amada.

Andando el tiempo, y víctima de una perfidia: *Acabemos*—dijo—*¡Tu amor ó la muerte!*—*¡Como quieras!*—le contestó ella.

Juan se tiró por el balcón.

La misma frase fué un día su felicidad; su desgracia otro. Cuando una música de trompetas atruena el espacio, hasta los perros aullan. Cuando Orfeo bajó a los infiernos, se adormecieron las Furias al deleitoso són de su cítara.

V.

Si al hombre le fuera dado construir flores de colores más vivos, de pétalos más delicados, de formas más graciosas que las que nos brinda la Naturaleza; si pudiera hacer árboles gigantescos, de esbelto tronco y amplias y transparentes copas; si le fuera dado crear céspedes de esmeralda y atmósfera de purísimo azul, realizaría, al parecer, la obra más bella, construyendo un jardín risueño como el eden de los creyentes de Mahoma.

Pero ese cuadro sin aroma ni movimiento, comparado con el bosque inculto, donde en los claros que calienta el sol crecen humildes violetas y graciosos lirios; donde el pájaro salta piando de rama en rama, y el céfiro forma remolinos de hojas secas; donde hay sobre cada pétalo una perla de rocío en el alma y una lágrima de ternura en el crepúsculo vespertino; donde todo brinda, en fin, misterio y amor, será más acabado, pero será menos bello, porque le faltará la diferencial de lo que se aspira.

El beso, que es tal vez la última expresión del sensualismo, porque a la vez gusta y toca, podrá dar satisfacción a los sentidos; pero, aun sin degenerar de su razón primera, carece de belleza; para que la tenga, hay que buscarla en la diferencial que llega al alma.

Cuando el niño, contento, aprieta con sus frescos labios la boca de su madre; cuando, haciendo gracioso mohín, oprime el pico del pajarillo con quien juega, el beso, manifestación de purísimo cariño, está impregnado de belleza.

Hay un cantar, tesoro de poesía, como todos nuestros cantares, que dice:

Dos besos hay en el mundo
Que no se apartan de mí:
El último de mi madre,
Y el primero que te di.

¡Cuánta ternura en tan pocas palabras! ¡Cuánta verdad y, por lo tanto, cuánta belleza!

El alma se impregna en ella de tal modo, que serían fríos cuantos cuadros, cuantos dramas de sentimiento quisiéramos comunicarle por los sentidos.

El alma, percibiendo la esencia, la diferencial de la belleza, siente lo bello.

VI.

Así leía yo, recorriendo el elegante jardín en que había encontrado el cuaderno que publico, cuando llegó hasta mí un joven pálido y despeinado, que me dijo con viveza:

—¿Leía V. esos apuntes? Son míos.

—Lo ignoraba—le contesté;—los he encontrado aquí, y me interesaban; tómelos V.

—No; puede V. hacer de ellos el uso que quiera; yo se los regalo.

En esto se acercó un hombre grave, de lengua barba y dorados espejuelos, ante el cual el interpelante bajó los ojos confuso.

—Jacinto—dijo—retírate, hijo mío. Y V., caballero—añadió, dirigiéndose a mí—no excite el sistema nervioso de ese desdichado, Pasea V. en el jardín del manicomio. Ese muchacho está loco, y loco por amor. Sus escritos son el engendro de su locura.

Le saludé y partí, apretando entre mis manos los papeles. Después los he vuelto a leer muchas veces; hoy los doy a la estampa, porque los creo dignos de la publicidad; y entonces, y luego, y ahora, me pregunto a mí mismo con ansiedad:

—¿Estaría loco de veras?

EMILIO DE ARJONA.

LA TORRECILLA DEL LEAL.

«Quada en Madrid una torre
Por Don Pedro de Castilla,
Y en la torre, un caballero
Que defiende su divisa.»

(Romance inédito.)

RMadrid un poderoso baluarte por su alcazar y sus almenas, y por su situación topográfica, que, colocado en una eminencia, guardábanle lo inaccesible de las pendientes veredas que hasta él conducían.

Reinaba Don Pedro de Castilla, primero de este nombre, ó mejor dicho, combatía y defendía su trono el rey justiciero contra la usurpación y apostasía de un hermano bastardo y algunos desleales vasallos tornadizos y volubles, dispuestos siempre a defender al que más probabilidades contase para el triunfo.

La desastrosa rota de Montiel había decidido de la suerte del legítimo monarca de Castilla, sin que el fratricida puñal del bastardo abriera la fosa al noble caballero, y sin que el cobarde francés sirviese de verdugo y enterrador del bravo castellano.

Sin embargo, todavía luchaban los leales, los que juraron fidelidad al rey Don Pedro; y un puñado de valientes, siguiendo a Men Rodríguez, se defendían heroicamente, encerrándose, en último trance, en los muros del castillo de la Puebla de Sanabria, propiedad del referido capitán, y otros combatían en los alrededores de Madrid, donde los accidentes del terreno y lo espeso de sus matorrales y chaparros favorecía a los que por la buena causa combatían.

Las nuevas de lo acaecido en los campos de Montiel habíanse divulgado lo bastante para infundir el desaliento a los que se veían, sin rey y sin bandera, peleando por la idea solamente, ó, mejor dicho, combatiendo contra la bastardía y la deslealtad, condiciones ambas que siempre indignaron a los hijos de Castilla.

Los alrededores de la villa veíanse constantemente cubiertos de patrullas, con que preparaban el terreno las tropas del infante D. Enrique antes de que éste hiciese su entrada triunfal en el último baluarte de la fidelidad castellana.

La lucha era continua en aquellos contornos: los que vagaban por allí eran pocos, pero buenos, y las avanzadas del ejército Real se veían con frecuencia envueltas por los ballesteros de la gente legitimista, que así podían llamarse con propiedad los defensores de Don Pedro I.

Por la parte de Madrid más cubierta de maleza, y próximo al sitio que hoy ocupa la plazuela de los *Tres Peces*, en el lado de la calle de la *Torrecilla*, veíase un castillo ó torre de bastante elevación, aunque de mayor base relativamente, muy bien flanqueada por almenas y perfectamente defendida, y edificada con piedra de Colmenar.

Residió en aquella fortaleza un D. Lope Ruigomez y Laso de Castilla, según cuentan las gentes, muy principal caballero, de una de las primeras y más nobles familias de la villa de Madrid, tan devoto al monarca de Castilla, que siempre le acompañó a sus empresas y por él expuso la vida en cuantas ocasiones se le ofrecieron de hacerlo.

Acompañóle a Montiel, y después de la derrota volvióse la tierra andada hacia Madrid, seguido de sus criados y escuderos.

Llegados a su terreno, organizáronse como mejor pudieron hacerlo, y repartidos por las cercanías de Madrid, comenzaron una lucha desigual y desesperada, que solamente por la fragosidad del suelo en que operaban pudo prolongarse algún tiempo.

Tenía el Don Lope un hijo a la sazón de seis años de edad, tan hermoso como su madre, que gozaba fama de ser de las más notables bellezas de Castilla.

Muerta la esposa de Don Lope, había quedado el huérfano encomendado a la custodia de una anciana servidora de Doña Laura, que así tenía por nombre la madre del niño.

Tranquilo D. Lope con la buena guarda que tenía en su casa y la de la mujer que a su hijo cuidaba, nunca pensó, al separarse, que pudiera sucederle daño alguno.

María Sanchez, que así llamaban a la vieja, por temor del padre más que por amor al hijo, consagraba toda su atención al heredero de los Lasos de Castilla.

Era la torre de D. Lope un puesto avanzado de la villa por aquella parte, y de mucha importancia, por dominar

todos aquellos contornos hasta la muralla de Madrid, que corría entre la puerta de Vallécas y la de Guadalajara por aquel lado.

No ignoraban algunos, entre los soldados que acompañaban a D. Enrique, como vecinos de la villa que habían sido, la existencia de aquella formidable atalaya y la importancia que tenía, para apoderarse de ella en cuanto pudiesen hacerlo.

Pero tampoco ignoraban que, á encontrarse en su recinto D. Lope con su gente, habría de costarles muchos esfuerzos el llegar al logro de su empresa; que tanta y tan justa fama disfrutaba el leal vasallo de D. Pedro de Castilla.

Bien sabían que con él había asistido a la desastrosa pelea terminada en Montiel; pero tampoco ignoraban que consiguió fugarse con los más bravos ó los más felices, y, con harto sentimiento, temían que se hallase en su propia torre.

Sobre esto departían algunos soldados una noche, cuando se hubieron convencido de que D. Lope se encontraba en su castillo.

—Mal enemigo es ¡voto al ánima de D. Pedro! ese demonio de caballero.

—No es muy bueno—afirmaba otro soldado.

—Pero, en fin—volvió a decir el primero—plaza sitiada, plaza ganada, y por mucho que quiera defenderse, no contará con tantos medios para conseguirlo, que nosotros no podamos vencerle á fuerza de tiempo y de acometidas.

La conversación de los soldados no era ni más ni menos que la que sostenían dos capitanes, sentados en uno de los senderos que conducían desde la villa al castillo de don Lope.

—¿Crees tú, por ventura, que esa mujer consienta en ayudarnos?—preguntaba uno de ellos á su camarada.

—Es mujer y débil—respondió el otro—y ante la amenaza de morir asaeteada si llegamos á entrar en la torre, sucumbirá; porque cuanto más viejos, más apego tenemos á la vida, y la buena mujer ya va pasando á toda prisa de los cincuenta.

—Tienes razón; pero ¿qué harémos después si conseguimos nuestro objeto?

—¿Después? Ya veremos. Don Enrique se encargará de lo que hemos de hacer después.

—En verdad, Fernán Nuño, que no merece semejante villanía el hombre leal y valeroso que expone su vida y lo sacrifica todo á la fidelidad jurada á su rey.

—Vaya, vaya, déjate de tonterías, que si te oyeran, cualquiera podría decir que más parecías soldado de D. Pedro que defensor del Conde de Trastámara.

—¡Y al que tal dijera.....

—Deja las amenazas, y pensemos en el medio de ver y hablar á la vieja.

—Si, dices bien—repuso el otro conteniéndose.

—Podemos ganarla con dinero.

—O con amenazas.

—Es lo mismo; el dinero que reciba ha de perderlo después.

—¿También eso?

—¿Para qué queremos nosotros conservar esa vieja?

—Sí, pero el niño.....

—El niño, el niño.....

—¡Pobre criatura!

—¿Es verdad! Pero ¿qué hemos de hacer? ¿No valen más las vidas de tantos soldados como habría de costarnos el ataque, que la vida de un chico?

—Dices bien; pero ¿y si á pesar de eso no consiguiéramos el objeto?

—Entonces..... paciencia. ¿Cómo ha de ser? Don Enrique confía en mi promesa, y es preciso que ambos quedemos con honra en el asunto, que, además, ya comprenderás que también ha de darnos provecho.

Los capitanes continuaron su diálogo, y qué acordarían podríamos saberlo por lo que aconteció en el castillo de don Lope.

La vieja á quien se referían los servidores del Bastardo era, como habrán comprendido los lectores, la encargada de la custodia del hijo del caballero castellano.

Difícilmente pudieron avistarse con ella; pero consiguieron su objeto, porque el mismo padre facilitó los medios.

—Traición con traición se paga—dijo—y es preciso demostrar á esos miserables que estoy resuelto á sembrar el espanto en sus filas. Moriré, pero no he de verme humillado y escarnecido.

Llamó en seguida á la vieja, y dispuso que saliese con dirección á la villa, según ella solicitó, pretextando que pasaba para ver á un hebreo muy notable en la medicina, porque quería consultarle sobre cierto padecimiento crónico muy penoso.

Cómo pudo apercibirse el caballero de lo que se tramaba, lo sabremos más adelante.

Concertóse la vieja con los del Bastardo, en aquella salida que hizo de la torre, después de rogar á Dios que la amparase y de manifestar muchos temores de que diesen con ella los enemigos.

—A no ser por lo urgente del asunto, juro que no me movería de la casa; que llevo un miedo.....

Llegado el momento de poner en juego lo pactado con los capitanes, dispuso la vieja lo necesario, y llamando al niño, díjole que su padre mandaba saliesen para Madrid, puesto que iba á comenzar el ataque del castillo, según todas las señales, y sería muy grande el peligro que habían de correr si allí permanecían.

Fácilmente engañaron al niño, y apenas llegada la noche, y aprovechando el silencio y la oscuridad, salióse sin que el centinela ni nadie se lo estorbase, conociéndola, como la conocieron, y tomó el camino de Madrid sin detenerse un punto.

La oscuridad favorecía sus planes.

El niño, sin poder contenerse, manifestó sus temores á la vieja.

—No sigas por ese camino, que tengo mucho miedo.

—Anda, hijito; deja que salgamos cuanto antes de esta

oscuridad, y ya verás qué bien lo pasamos en llegando á Madrid.

Poco habrían andado, cuando salieron á su encuentro dos hombres embozados.

—La Virgen de la Almudena os bendiga — murmuró uno de ellos.

—A todos nos bendiga — repuso la vieja.

—Ya nos impacientábamos de esperar — dijo otro de los embozados.

—¿Venís solos? — preguntó la vieja.

—¿Y para qué hace falta gente?

—¿Este es el niño? — preguntó un embozado, adelantándose para tomar la criatura en sus brazos.

Pero una estocada que le pasó de parte á parte arrojóle en tierra, mientras el otro embozado, tirando de una daga, ponía fin á la vida de la vieja.

—¡Dios de Dios! — gritó ésta con voz chillona y cayendo desplomada.

—¡Miserables! — rugía D. Lope, que era uno de los que llegaban, tomando en sus brazos á su hijo. — Vén, alma de mi alma; y vos, Rui-Mendo, dispóned de mi vida, pues nada os ofrezco cuando por esta ocasion os la debo.

Esto decía dirigiéndose á uno de los capitanes, cuyo diálogo oímos respecto al asunto del niño, y que habia sido el salvador de tan inocente presa.

Al salir del castillo, seguía D. Lope á la vieja, que, preocupada con la mision infame que se habia propuesto, no reparó en que algunos hombres la escoltaban á cierta distancia.

Al siguiente dia, y cuando el Bastardo supo el resultado de la miserable trama, montando en cólera, llamó á sus capitanes.

—Hoy mismo ha de quedar demolido el castillo de ese tenaz servidor de mi hermano — exclamó D. Enrique.

Don Enrique no conocía á las gentes de D. Lope, ni á D. Lope, ni su castillo, que, de lo contrario, hubiera comprendido que no tan fácil se conquistaba aquel recinto murado doblemente con la piedra y con los pechos de sus defensores.

Emprendiéronse con todo vigor las batidas de los legitimistas, y mucha gente costó á unos y á otros la posesion del término de la villa; pero en llegando á la torre, y perdida ya toda esperanza de intentar nuevas aventuras y correrías por parte de los defensores, y viéndose cercados de tan superiores fuerzas y máquinas de guerra, pensaron en vender caras sus vidas dentro del castillo.

Quince dias resistieron á los continuos asaltos y embestidas, sin amenguar su valor en lo más mínimo.

Faltos de alimento y hasta de agua, luchaban un puñado de hombres contra el ejército del Rey de Castilla, sin admitir proposiciones para su rendimiento y sin poder consagrarse al descanso ni siquiera un instante, pues esto querian los de afuera, y fíquelmente lo conseguirian, atendido el escaso número de los defensores de la torre.

Amaneció el dia décimosexto, y la gente de D. Lope mostrábase algo debilitada, aunque no cobarde.

Don Lope hizo señal á los sitiadores de su deseo de rendirse.

Nadie aprobó ni desaprobó la conducta del caballero.

—Cuando él lo hace — se decian — no será por temor, que bien lo conocemos.

Lo que D. Lope queria concertar era la salida de toda su gente.

—¿Entrega el castillo? — preguntó D. Enrique.

—Sale toda su gente, y él solo continuará defendiéndole.

—¿Cómo es eso? — preguntó con asombro el Bastardo al capitán que le anunciaba el deseo de D. Lope.

—De lo contrario, perecerán todos en esa fortaleza.

—Pues concedo la salida, y vive Dios que solos un capitán y yo hemos de atacarle.

El convenio quedó hecho, y los soldados y capitanes de D. Lope salieron de la torre, juzgando que el caballero también les seguía.

Tristes é indignados á un tiempo, pasaron entre las filas de los *traidores*, que así llamaban á sus enemigos.

Pero ¡cuál fué su espanto al saber que D. Lope habia resuelto morir dentro de la torre!

A pesar de su estado, de la falta de fuerza, de todo, sólo una voz se oyó, sólo un intento se manifestó en todos: volver al lado del caballero; morir con él.

Pero no les fué posible; los soldados que cercaban la torre se lo impidieron, y alguno fué villanamente asesinado.

Sólo un defensor quedaba á la memoria de D. Pedro: «sólo un leal en Castilla», como decia con amargura el Conde de Trastamara temiendo por su porvenir.

Cuatro dias despues, cuando una parte de las murallas del castillo se hallaba derruida; cuando por todas partes entraban al asalto los soldados de D. Enrique, y el noble castellano se veía herido de una pedrada que recibió en el hombro derecho, y pasado el corazon con una pica, rindióse la torre.

—¿Dónde está ese hombre? — preguntó el de Trastamara, entrando precipitadamente para salvar la vida á D. Lope, si todavía llegaba á tiempo.

—Aquí, señor — murmuró el heroico defensor de D. Pedro. — Sólo os pido — añadió con dificultad — que no abandoneis á mi pobre hijo. ¡Hijo del alma!

Entonces se ofreció á la vista del Infante un cuadro desolador.

El tierno niño, hijo de D. Lope, abrazaba las rodillas del caballero, que, sellando su frente con un beso, lanzó su postrer suspiro.

Extenuado, pálido, el inocente niño lloraba desgarradamente.

—Vén á mis brazos — exclamó D. Enrique, sin poder contener las lágrimas, que ya se agolpaban á sus ojos; — vén, hijo mio; has perdido un padre, y en mí tendrás otro, no tan digno, no tan leal, no tan esforzado y caballero, pero sí tan amante. Vén, ángel mio, y Dios bendecirá tu existencia, como bendice la memoria de ese valiente.

E. DE LUSTONÓ.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(CONTINUACION.)



«**A**NTEAYER salimos de París y hoy hemos llegado á Milan: hemos pasado los Alpes por el túnel del Mont-Cenis, y no he visto en mi vida nada más imponente: cuando el tren se sumerge en las oscuridades del túnel, parece que se va á precipitar en los abismos, y aquel ruido y el ambiente extraño y desasosegado que allí se aspira impresionan vivamente los sentidos, y se siente un no sé qué, que espanta y confunde. ¡Qué espectáculo más hermoso es el que forman despues aquellas elevadas montañas cubiertas de nieve! ¡Aquellas rocas y precipicios, en los que parece va una á caer al menor descuido, y luego, presentando un bellissimo contraste, aquellas verdes llanuras y pintorescos lagos rodeados de poéticas quintas de recreo! ¡Oh, qué feliz hubiera sido yo en una de estas quintas con él! ¡Hubiéramos paseado por el lago todas las tardes; hubiéramos visto juntos ponerse el sol tras las nevadas cumbres de los Alpes, y por las noches, yo apoyada en su brazo, hubiéramos vagado por el jardín, ya contemplando las miriadas de estrellas que tachonan el firmamento, ya la pálida luz del hermoso astro compañero de la tierra; pero siempre entregados á nuestra dicha, siempre á nuestro amor!»

«Dia 25.»

«¡Ah! ¿Por qué soy tan desgraciada? ¿Por qué no ha querido Dios concederme lo que deseaba con más afán? ¡No puedo seguir; las lágrimas se agolpan á mis ojos y necesito dejarlas correr: quiero llorar mucho!»

«Dia 10 de Noviembre.»

«De Milan hemos venido á Venecia, y aquí estoy más triste que en ninguna parte: estas casas, este método de vida, estos canales, surcados por todas partes de góndolas, infunden en mi alma un no sé qué desconsolador. Si él estuviera conmigo. entonces. Pero ¿á qué pensar esto? ¡Ah! no puedo dominar mi corazon; solamente late por él. y para él latirá siempre. siempre.»

«Dia 22.»

«Gracias á Dios, que salimos de Venecia. No sé qué encierra esta ciudad para mí, que agobiaba mi espíritu y me oprimía el corazon. Ahora estamos en Florencia, y ya aquí está mi ánimo más tranquilo; pero siempre batallando con mis recuerdos.»

«Hoy ha venido á visitarnos un jóven, que ha sido nuestro compañero de viaje desde Milan, y que ha trabado amistad con papá; es italiano, pero habla perfectamente el español; tiene mil atenciones conmigo, y es muy fino y respetuoso. En el tiempo que ha durado la visita, apenas le he mirado; mas, en cambio, me acordaba de Enrique como nunca. ¿Dónde estará? ¿Se habrá ya casado? ¡Oh! tal vez, y será feliz, porque Blanca es muy hermosa y le ama mucho; pero no; me dice el corazon que aun no se ha efectuado esa boda.»

«Dia 28.»

«Florencia me encanta: ¡qué paseos más preciosos! ¡qué palacios por todas partes! ¡qué campiña, cuánta luz, cuántas flores! Yo elegiria Florencia entre todas las ciudades del mundo, estando con él: ¡es verdad que con él todo me parecería un paraíso!»

«El invierno se acerca, y hay el proyecto de pasarlo en Roma y en Nápoles: lo siento, porque sólo quisiera salir de aquí para ir á España; pero mis padres lo han decidido así, y yo no tengo para qué oponerme.»

«No sé qué daria por saber algo de Enrique: él debe escribir á papá; pero yo no me atrevo á preguntarle nada; todo lo contrario, hago por disimular en su presencia la tristeza que me consume.»

«¿Cuándo volveremos á Madrid? Tampoco quiero pedirlo, y lo deseo con toda mi alma; ¡qué débil soy! ¡Quiero olvidar y no puedo: quiero dejar de amar y. amo más que nunca!»

«Ayer al mediodia fuimos á paseo, y se acercó á nosotros nuestro compañero de viaje, colocándose á mi lado. No sé á ciencia cierta lo que habló; pero creo que me dijo que me amaba. Yo no le contesté; y ¿qué le habia de contestar? ¡Que no le amo ni le podré amar nunca! Más vale no decirle nada.»

«Dia 15 de Diciembre.»

«Estamos en Roma: la Ciudad Santa; la antigua reina del mundo; en ella el pensamiento retrocede á los primeros siglos del cristianismo, y luego se eleva al infinito. ¡Qué grande, qué majestuoso es todo aquí!»

«Tenia razon Enrique cuando me hablaba con aquella voz elocuente, que no he oido á nadie más que á él, de esta ciudad.»

«No habia nunca estado en ella, y la conocia por intuicion. Su sueño dorado era visitarla conmigo, lo mismo que toda la Italia.»

«Mira — me decia algunas veces, — allí, bajo el azul de aquel cielo, siempre puro y trasparente, en aquella fértil campiña, que brinda por todas partes aromas y colores; al dulce beso de aquellas brisas deliciosas, se obtiene la verdadera dicha: allí se aumenta el amor, porque la Naturaleza toda convida á amar.»

«¡Y nada se ha realizado! Aquellos proyectos fueron sueños, que pasaron para no volver.»

«Dia 2 de Enero.»

«Hoy me ha llamado mamá y me ha dicho que nuestro compañero de viaje, que tambien ha venido con nosotros á Roma, habia pedido mi mano, añadiendo que demostraba

profesarme mucho cariño; que era noble y muy rico, y no sé cuántas cosas más.

«Yo no la he dejado concluir, y he contestado que no le amo, ni podré amarle nunca; y sin sentir verdadero amor por el que ha de ser mi esposo, no quiero casarme.»

«Ella ha insistido, diciéndome que hacia mal; que el amor lo sentiria despues, y que la complaceria mucho si consentia en esta boda; pero yo me he mantenido firme, y no se ha vuelto á hablar de ello.»

«¿Cómo era posible, Dios mio, que yo olvidase mi juramento, y sobre todo. . . . que le olvidase á él!»

«Mañana salimos para Nápoles. ¡Quiera Dios que sea la última poblacion que visitemos ántes de volver á España!»

«Dia 10 de Enero.»

«Hace ocho dias que estamos en Nápoles: durante ellos hemos visitado lo notable que encierra esta poblacion, que es mucho y bueno: el frio no es intenso, y en el tiempo que hace que estamos en ella, siempre he visto el cielo azul, y verdes los campos: ¡Qué hermoso país es éste! Pero por lo mismo está en él mi corazon más melancólico, mi ánimo más triste.»

«Esas fértiles campiñas que veo todas las tardes; ese panorama encantador que ante mis ojos se presenta me hace suspigar, y en vez de contemplarlo extasiada, elevando mi pensamiento al divino Autor de tanta belleza, lo dirijo al pasado, y lloro por la felicidad perdida.»

«Hoy no sé qué tengo; siento una extraña opresion en el alma, y un misterioso deseo que no puedo definir: creo que si viera á la muerte cernerse sobre mi frente, la recibiria con gozo, porque ella es lo único que borraría mis pesares.»

«¡Oh, sí! ¿Para qué quiero vivir, si es para mí la existencia un continuo sufrimiento? ¿Para qué quiero vivir, si nunca han de besar mi frente las auras de la dicha?»

«Muchas veces pienso en huir del mundo para siempre; en sumergir mi desgracia en la celda de un convento, y allí, dedicada exclusivamente á Dios, esperar tranquila que Él disponga de mi suerte; pero. . . . no me atrevo; no me siento con vocacion para cumplir dignamente mis juramentos. . . . no los cumpliria, porque, á mi pesar, siempre la imágen de Enrique estaria ante mis ojos, y esto seria un pecado horrible: él se mezclaria en mis rezos, en mis meditaciones, en mis pensamientos, y para ofender á Dios, más vale ofenderle en el mundo que en el claustro.»

«Otras veces ¡Dios me perdone! hasta he pensado en atentar á mis dias; pero esta idea ha huído pronto de mi imaginacion, y luego me he horrorizado de haberla tenido. . . .»

«Aquí llegaba la temblorosa mano de la niña cuando, entrando en su habitacion, la hemos sorprendido escribiendo: quedóse despues con la pluma en la mano derecha, y la izquierda apoyada en la frente, abismada en sus profundos pensamientos: no se sabe el tiempo que hubiera permanecido en esta postura, si la voz de su madre, que la llamaba, no la hubiera hecho salir de su meditacion.»

Acudí presurosa á la sala, despues de ocultar cuidadosamente el libro en que escribia, y ¡cuál no sería su sorpresa al escuchar lo siguiente de los labios de D.ª Justa:

—Mercedes, hija mia, mañana salimos para España.

—¿Cómo, mañana! — exclamó Mercedes sin poder contener un movimiento de alegría.

—Sí, mañana; tu padre acaba de decidirlo ahora mismo.

—¿Y á qué se debe tan repentino viaje?

—Ya lo sabrás; ahora vamos á ocuparnos en arreglarlo todo, y cuando estemos más tranquilas, te contaré la causa que ha dado lugar á él.

La hermosa niña obedeció á su madre, llena de curiosidad y sin atreverse á insistir sobre la causa de aquella inesperada decision; por la que no sabia si alegrarse ó entristecerse.

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)



REVISTA DE MODAS.

París, 24 de Julio de 1887.

Las revistas de modas son difíciles de escribir en los momentos actuales. Vivimos de los modelos del verano; no se hace ya gran cosa en materia de modas, y apenas se piensa aún en los modelos de otoño. La mayor parte de los jefes de las principales casas se han ausentado de París en busca de un poco de descanso, y por consecuencia, las novedades escasean. Pero, como hay siempre una multitud de personas que, por razones distintas, salen algo tarde para las expediciones veraniegas, ó difieren sus compras, he procurado enterarme de esas modas rezagadas, que no son, por cierto, las más feás, puesto que son el resultado de la experiencia adquirida, ó, como si dijéramos, la esencia de la moda.

Los trajes de playa son cada dia más complicados, y si continúan así, acabarán por parecerse al obelisco de la plaza de la Concordia, todo cubierto de jeroglíficos.

Digan lo que quieran las elegantes á la última moda, yo seguiré inexorable sobre este punto: el vestido para baños de mar, bien hecho y de buen gusto, debe ser absolutamente sencillo, poco adornado y de color oscuro. Todo lo demás es de la fantasia pura, más ó ménos admisible para las personas de buen gusto.

Llévanse, para pasear por la playa, por la mañana ó para estar en casa cómodamente, una multitud de trajes cortos, de batas y *matinées* de tela de algodón encarnado, á que se da el nombre de *andrinopla*. Los niños se visten tambien de esta clase de tela: el encarnado y el blanco son los mejores colores para resistir al sol y al aire salino.

Para vestirse con sencillez en esos mismos parajes, no hay nada mejor que los trajes enteramente blancos ó de un blanco de marfil, que es todavía más agradable á la vista.

En las casas de más renombre se hacen estos trajes de una forma tan sencilla, que es casi excusado el describirlos: falda corta de lanilla ligera, cachemir, velo ó muselina, con pliegues largos echados; banda igual formando túnica corta y varios pliegues graciosos por detras. Corpiño rematado en punta pequeña, abrochado con tres correas y cerrado con un camisolín de encaje grueso. Se hace tambien, para variar, el corpiño de paño fino color azul telégrama, en forma de chaqueta corta, sin pespunte ni adornos de ningún género y abierta sobre una camiseta alta y cruzada de encaje moreno.

Para las estaciones balnearias, donde no hay inconveniente de los aires salinos que deterioran los colores delicados, tenemos preciosos vestidos de batista azul y de batista cruda, plegados y recogidos, sin bordados, y guarnecidos con un poco de encaje del mismo color.

Los trajes para casinos y poblaciones de baños son, no obstante, de un género especial, algo ménos severos de aspecto y de color que los trajes de calle ordinarios. Esta es una costumbre admitida, y los colores vistosos y llamativos producen buen efecto en las estaciones termales, lo mismo que en la playa. Se lleva en estos sitios lo que no podría llevarse en otra parte, so pena de llamar demasiado la atención. Hé aquí, en este género, un elegante traje de casino:

Falda funda muy corta, un poco más corta por detras que á todo el rededor y completamente ceñida.

Sobre esta falda, que es de *surah* rojo amapola, va un bordado color *beige* claro, puesto de plano sobre la seda, con un rizado enorme de encaje del color de la falda. Un paño plegado de *surah* cae por detras sobre la falda y viene á terminar en las caderas, formando una banda con picos cortos y reunidos por delante con una hebilla de imitación de brillantes. Corselillo bajo, igual á la falda y recortado en punta, adicionado de una camiseta alta y fruncida, de *surah* encarnado. Se la reemplaza, si se quiere, para las *soirées dansantes*, con una camiseta de encaje ó de bordado.

Como los vestidos de bordados ó encaje son bastante frágiles y siempre de un precio muy subido, se han inventado unas sedas ligeras, llamadas brocados-guipures, cuyos dibujos imitan exactamente los del bordado del género guipur.

Una prenda que se lleva en ciertas ocasiones es la levita larga de paño fino y ligero color de avellana, bien ajustada al talle, con faldones muy largos y rodeados, así como el cuerpo, de un bordado delicadísimo de felpa aplicada en forma de arabescos muy ligeros.

Jamas el paño de verano ha tenido tanto éxito, merced á la temperatura variable de la estación. No hay señora que no posea, para salir en cuerpo, la casaca de paño enteramente lisa, verde oscuro, negro, color de nùtria ó azul marino. Estas casacas se llevan con toda clase de faldas, de hilo, lana ó seda.

El *jersey*, ó corpiño de tejido de punto, ha sobrevivido al descrédito inevitable de la vulgaridad, y se le emplea ahora en trajes de campo ó playa, y sólo para las niñas, señoritas ó señoras muy jóvenes, para jugar en la playa ó en el jardín, donde es preciso que los movimientos sean libres y desembarazados. Se le lleva con una falda corta de lanilla fina y una banda de seda floja anudada por detras.

El escocés, esta tela de las estaciones intermedias, se lleva muchísimo en trajes de viaje ó para salir por la mañana. Para trajes de fatiga se le escoge de colores apagados, como hoja seca, fondo aceitoso, verdoso, tostado, etc.

La forma del traje especial para las excursiones en las montañas ó en el campo es sumamente sencilla: una falda muy corta, plegada, con túnica ó banda igual recogida por detras y en las caderas. El corpiño suele hacerse tambien en forma de polonesa, en cuyo caso se suprime la túnica ó la banda. Cuando se trata de excursiones en las montañas, se escoge para estos trajes una tela de lana burda muy oscura y resistente.

V. DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

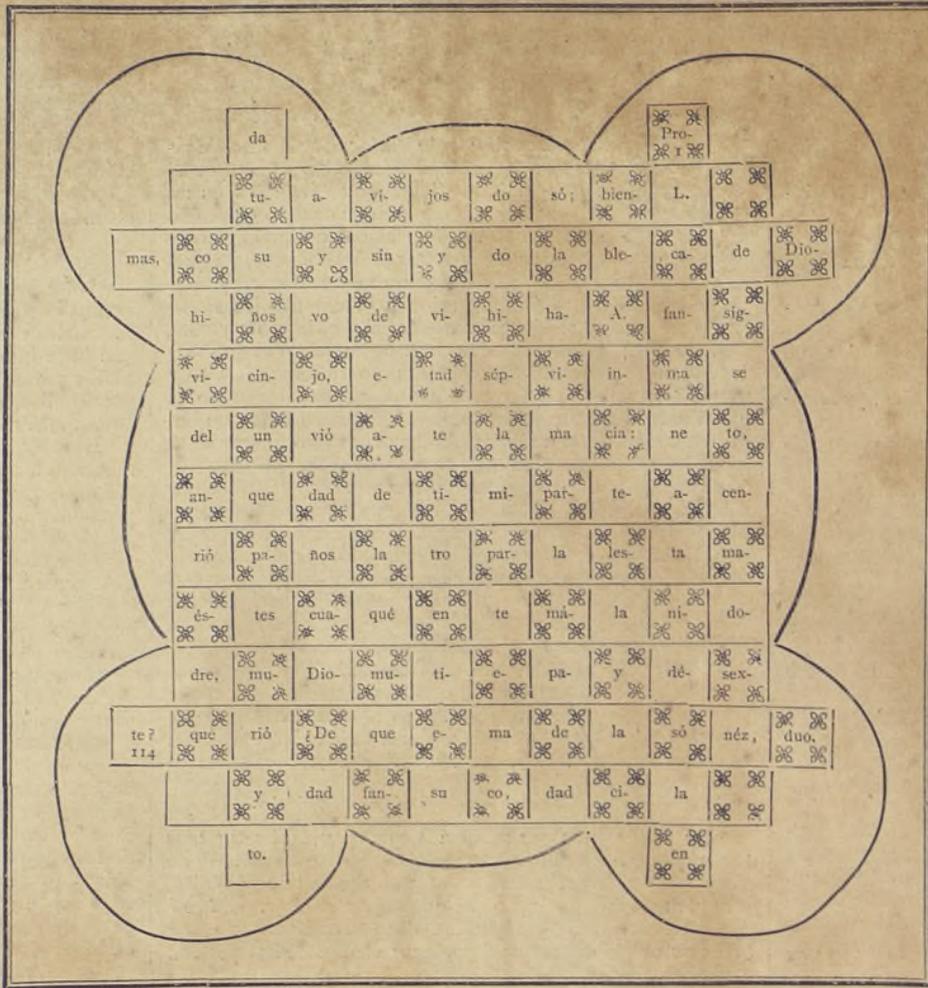
Núm. 1.690.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras á la 1.ª edición de lujo.)

TRAJES DE NIÑAS Y NIÑOS.

1. *Traje para niños de 4 años.*—El traje es de franela azul, adornada de cabritilla. Falda plegada, sujeta al talle con un cinturón de cabritilla, sobre el cual se añade el cinturón de la camisa rusa. Esta camisa ó blusa va extendida por delante y ahuecada en los costados y por detras. Los delanteros van abiertos en el escote con un cuello marino, dejando ver un peto de cabritilla, que se pega bajo los delanteros. Mangas rectas, pegadas con fruncidos y adornadas

PROBLEMA EN SALTO DE CABALLO PRESENTADO POR A. B.



EMPIEZA EN LA CASILLA NÚMERO 1 Y TERMINA EN LA 114.

con una cartera de cabritilla. Botones de madera. Sombrero de paja Manila, con cinta de raso encarnado.

2. *Traje para niños pequeños.*—Vestido inglés de nansuc bordado, terminado en tres volantes bordados. Cinturón-faja de moaré blanco, con un lazo grande por detras.

3. *Traje para señoritas.*—Vestido de *surah* de cuadritos. Fondo de falda de seda cubierta de *surah*. En el borde inferior va un volante ancho tableado. Por encima de este volante cae una falda ahuecada con cabeza ancha fruncida. Corpiño de *surah* en forma de coraza. Los delanteros van abrochados con corchetes, y los bordes unidos con dos hileras de botones. Una faja bebé, ceñida por delante con fruncidos, se anuda por detras, formando un lazo grande. Cuello vuelto. Manga marquesa. Sombrero de paja negra, guarnecido de terciopelo encarnado y rosas del mismo color.

4. *Traje para niños de 4 años.*—Vestido de seda brochada color crema. Los delanteros son rectos con peto de raso, sobre el cual se abrochan unas correas añadidas al mismo tiempo que el peto. La espalda se compone de dos piezas, ceñidas con una costura. Un bordado ancho sobre batista crema termina el vestido y forma esclavina. Cuellecito y carteras de raso. Sombrero de paja inglesa.

5. *Vestido inglés para niños de 2 años.*—Este vestido, que es de batista azul pálido, no tiene más que una costura debajo de cada brazo. Va fruncido en el borde inferior y terminado en un volante plegado de batista azul, sobre el cual cae un volante de bordado blanco. Por la parte superior, este vestidito va montado con fruncidos en torno de un canesú blanco bordado. Por adornos, cuatro lazos mariposas de cinta de raso, puestos en torno de la falda y otro que forma lazo de corbata. Sombrero marino, de paja gruesa, forrado de raso azul y guarnecido de una cinta larga, anudada por detras.

6. *Traje para niñas de 6 á 7 años.*—Vestido inglés de lanilla de cuadritos y *surah* liso. Los delanteros van entreabiertos sobre un peto plano, añadido bajo el delantero de la derecha y abrochado bajo el de la izquierda. Dos solapas

que van disminuyendo de anchura desde el hombro, rodean este peto. Este vestido no tiene más que un ladito. La espalda, que se compone de dos piezas, forma un pliegue encañonado en la cintura: la faja, que compone el único adorno de este traje, y que es de *surah* liso, una que va hacia la izquierda, sobre el peto y la solapa, y se anuda cerca de los pliegues de la espalda, y la otra, que sale de la solapa de la derecha y parece como que atraviesa los pliegues de la espalda, para reunirse con el lazo. Manga de codo, con cartera. Capelina *Kate Greenaway*, de batista del mismo color del vestido.

ADVERTENCIA.

Las Señoras Suscriptoras á la primera edición de lujo recibirán con el presente número una *suite de vales* de la ópera cómica de Suppé titulada *Bocaccio*, que tan aplaudida fué en el Teatro y Circo del Principe Alfonso, durante la última temporada teatral.

A las Señoras Abonadas de provincias y de América que nos piden la dirección de un buen almacén de música, les recomendamos la acreditada casa editorial de D. Benito Zozaya, *Carrera de San Jerónimo, núm. 34*, Madrid, donde hallarán un completo y variado surtido de las últimas producciones de los mejores maestros, así españoles como extranjeros, música clásica, obras de texto en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación, pianos de los constructores más renombrados, etc. etc.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{mes} de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

PARA DESTRUIR EL VELLO DE LA CARA

ó de los brazos, emplead los DEPILATORIOS DUSSEY, cuya eficacia está garantida por cincuenta años de éxito.—En Madrid, en casa de Melchor García, y en todas las perfumerías principales.

La PERFUMERÍA ESPECIAL Á LA LACTEINA, recomendada por las notabilidades medicas de París, ha valido, en la Exposición Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro. (Véase el anuncio en la cubierta.)

VINAGRE DE TOCADOR
DE
JEAN-VINCENT BULLY
67, calle Montorgueil, en Paris
MEDALLAS EN LAS EXPOSICIONES UNIVERSALES
PRIMERAS RECOMPENSAS 1867-1878

Este vinagre debe su reputación universal y su incontestable superioridad sobre el agua de Colonia, como sobre todos los productos análogos, no solamente á la distinción y suavidad de su perfume, sino tambien á sus propiedades, sumamente preciosas para todos los usos higiénicos.

El Vinagre de JUAN-VICENTE BULLY ha adquirido, además, un favor tal para el tocador, que basta solo para elogiarlo.

La única cosa que queda pues que recomendar al público, es que evite las falsificaciones y que se dirijan á las casas de confianza.

EXIGIR ESTE CONTRA RÓTULO

VÉASE LA NOTICIA QUE VA CON EL FRASCO

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, París).



Jules David
Paris, Imp. de Sirey, rue de la Harpe, N.º 11, P. 2, B. 3.

1879
Abel Bonnard, Ed. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

N.º 1690

Carreras 12

MADRID

Perfumería de lujo, Guerlain, 15r. de la Paix, Paris.
Faja Regente N.º 4 y Corso Ana de Austria de Alameda Vortus, 12r. Auber, Paris.


PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA